

LA MUJER BARBUDA

Suplemento cultural de La Voz del Tajo. Nº 5. 7 de julio 1984

SUMARIO

- Pablo Sanguino: la formación del artista (pág. I)
Modelar tallando, por José Pedro Muñoz (pág. II)
Los bandos de Enrique Tierno (pág. III)
Las cenizas de la flor, por Angel Crespo (pág. IV)

Pablo Sanguino la formación del artista

Hay una buena película, *Cuentos de la Luna Pálida*, de Kenji Mizogushi, ambientada en el Siglo XVI japonés, en que nos cuenta las peripecias del artesano Benjiro, quien huye de su pueblo, tomado por las fuerzas del tirano Shibata, y marcha a la ciudad donde intenta vender sus cacharros. Allí se encuentra con la princesa Suzuki, quien enamorada de Benjiro y de sus cerámicas, lo atrae a su palacio, un palacio fantasma, como fantasma es la propia princesa, espíritu que vaga hasta encontrar al hombre que le dé el amor que no pudo disfrutar en vida, segada por manos criminales. Servido el caché en los propios cacharros que ha comprado a Benjiro, y preparando el ambiente para la noche nupcial, Suzuki le manifiesta su admiración: "... pregúntele quien era aquel mercader que tenía tan asombrosas cerámicas, expuestas sobre una estera de paja. Nunca había visto loza tan fina, ni colores tan bellos ni tan deslumbrantes. Heredé de mi padre el gusto por los objetos artísticos, él los adoraba. Y quería que el artista me contara, cómo puede crear unas piezas tan hermosas, ¿o es quizá un secreto que sólo guardas para tí? — Princesa, no se trata de ningún "secreto" — responde Benjiro —, "todo depende de la arcilla, de la aplicación del esmalte, y quizá también... de la experiencia. — Tu secreto es pues tu experiencia, eso quiere decir, que sólo de las manos de un maestro pueden salir obras tan bellas". Proverbial princesa, el arte es trabajo de la cabeza y del corazón, pero el artista también

habrá de pensar y sentir con las manos. De nada valen disquisiciones sobre las oscuras raíces de sus creaciones: es su propia historia, la del artesano y su trabajo, la que nos cuentan sus obras. En el trabajo se fundamenta la obra de un momento determinado, cuyo alcance se multiplica en cada nueva experiencia, y en todas juntas, progresada geométrica, determinada cada cual por la anterior, y esta por otra anterior, así hasta llegar al origen en que nada existía. Al final, si es posible evitar hablar de lo infinito, se formará un universo que rechaze toda justificación.

Tan lejano es el Japón como el siglo en que discurre la historia de Benjiro. Y aún más lejano para el nuestro del tráfico, aquel momento idílico. El artista se ha formado a sí mismo a lo largo de años, de adiestramiento de las manos y de los sentidos, que poco a poco empezó a reflejarse en obras sucesivas, tan lejanas entre sí como fecunda ha sido la labor del que nunca deja de aprender. Con la escultura serializada, los métodos de fotoimpresión, el "Kitsch", y la vulgarización de la cultura, asistimos a un desatado proceso de tendencias, en que los mecenazgos individuales se han convertido en patronazgos sociales, sustituidas las sumisiones del artista por la



Fotografía de Carlos Villasante

entrada del arte en las fluctuantes esferas del mercado. Resulta una paradoja, pero nuestro Benjiro, que vende sus cerámicas en el mercado de esa ruidosa ciudad, nos hace pensar que lo anteriormente calificado como lejano, quizá no lo sea tanto, que se pueda ser moderno también exponiendo los cacharros *sobre* una estera de paja, *y sin expresar de manera ditirámica el carácter* propio de la propia obra.

HABLAR DEL MUNDO QUE NOS RODEA

Hablar con Pablo Sanguino de sus obras es hablar del mundo

que nos rodea, es también hablar del trabajo, del *cómo*, para luego pasar al *por qué*. No cabe asignarle más calificativos de los que se suponen en lo ya expuesto, se sentiría incómodo, habitando en las estrechuras de las tendencias. Sus objetos llevan el inequívoco sello de la experiencia, años y más años tras haber nacido en el seno de una familia de artesanos. El ha expuesto en las mejores galerías de España y también en los sitios peores, de sus manos han salido cientos de cacharros, de dibujos, de *cosas*. El arte es *una cosa* cuando recobra su objetividad, se sitúa en un espacio y

un tiempo, se pone en las manos de un usuario: encontrar ese fauno de mordaz mirada en el fondo del plato en que acabamos de engullir un potaje, nos pone en contacto con el trasfondo agresivo de ese cacharro, cuando no es un pedazo de cadena embutido en un cristal derretido, o una herrumbrosa llave, lo que nos encontramos. Podría parecer una impostura, pero nunca un desentendido. No es ante un artista que separe su obra de la vida, ni siquiera ante un artista indiferente a la utilidad de cada una de ellas.

En sus últimas series murales encontramos ecos hoplíticos, la trágica sinceridad de Nearchos o del Pintor de Neso. El buen conocimiento del campo en que se mueve, su experiencia junto al horno y los esmaltes, su dibujo suelto y potente, capaz de transformar con sus perfiles el informalismo de la materia, y forjado en tantos otros dibujos de carpeta, nos hablan de la madurez. Pero mucho cuidado: "madurez" no significa "final", la experiencia es un hecho continuo, constatable sin necesidad de volver la vista atrás, que lanza al artista, y le exige, nuevas experiencias.

Resulta difícil sintetizar la larga trayectoria de su obra. Ha cultivado muchas de las disciplinas plásticas, y las ha refundido, algo muy en consonancia con el sentido propio de Arte Nuevo. Uno puede comprobar cómo se introducen recurosos pictóricos dentro de algo que podríamos llamar escultura, si no fuese porque la técnica es indefinida, a

Pasa a la página IV